



MISCELÂNEOS | MISCELÂNEOS

Fermentario N. 10, Vol. 1 (2016)

ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

Notas sobre aprendizaje y creación

Lucía Falero¹

Resumen

Este trabajo es una breve síntesis de algunas ideas e intuiciones acerca de lo que vivir, aprender y educar implican. En él conecto varios puntos conceptuales e inquietudes mucho más que académicas –inquietudes vitales-, generando un movimiento “en bloque” que integra distintas facetas de mi experiencia. Lo que sigue es un texto-tejido en el que coexisten certezas y conjeturas, preguntas-problemas y posibles salidas en el plano de la educación.

Palabras clave: Deleuze, aprendizaje, estilo, expresión, (micro/macro) paisajes.

Summary

¹ Licenciada en Ciencias de la Educación por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UDELAR) así como docente de inglés. Cuenta con experiencia en el ámbito de la docencia, principalmente en la enseñanza del inglés como segunda lengua a niños de diversas edades, así como en el área de investigación, en asuntos de educación, filosofía y arte.

This paper is a brief synthesis of some ideas and intuitions concerning what living, learning and educating imply. In it, I connect various concepts and concerns which transcend the Academy –they are “vital concerns”- generating motion that integrates different aspects of my experience. What follows is a weave-text in which certainties and conjectures coexist, as it presents questions/problems and possible exits in the field of education.

Key words: Deleuze, learning, style, expression, (micro/macro) landscapes.

En un pasaje de la entrevista efectuada por Claire Parnet y conocida como “Abecedario”, Deleuze señala que hacer historia de la filosofía es como pintar un retrato espiritual de tal o cual filósofo². El propio Deleuze, más que un exégeta, es un hábil artista: en sus varios libros sobre filósofos, logra valerse de su modelo para crear a partir de él algo que lo supera (tal es la idea implicada en su concepto/categoría de “robo”). Sin embargo, Deleuze no fue sólo un retratista: fue un paisajista innovador. Sus escritos están colmados de paisajes e incluso su concepto de filosofía es paisajístico: un plano que contiene y es sostenido por ciertos “elementos topográficos” –los conceptos. La geografía, la cartografía, los deslizamientos, los “movimientos telúricos”, la des/reterritorialización, los espacios, lisos y estriados, ocupan un lugar preponderante en su obra, desplazando a la genealogía.

Es en “Lógica del sentido” que, considero, Deleuze se inicia en y se consagra a esta arte, desplegando una obra estéticamente impactante y singular. En ella, siguiendo a Lewis Carroll y a los estoicos, el filósofo presenta dos modos de ver el mundo, o bien, devela dos clases de paisajes que encontramos en él: el reino de los cuerpos³, de las profundidades, del ser, de

² Cf. “H de Historia de la filosofía” en Deleuze; Parnet, 1988.

³ Cuerpos no son sólo objetos biológicos o tangibles, sino que las pasiones, los afectos –¿las representaciones, los estratos?- también entran en esta categoría. Realizo esta observación

los estados de cosas. En esta dimensión, los cuerpos responden a ciertas reglas y están sujetos a/por un tiempo cronológico. Pero simultáneamente, con sus “choques”, éstos gestan o desprenden otro mundo, un limbo evanescente que no responde a las regularidades corporales. Así, Deleuze nos abre la puerta al mundo de la superficie, del devenir, del sentido, el reino del *Aiôn*, de los acontecimientos, *efectos* fruto de los encuentros entre cuerpos. Un paisaje molecular cuyas facetas Deleuze continuará elaborando a lo largo de toda su obra. Ambas dimensiones coexisten y lo que el filósofo comienza a crear es un anti-modelo de la realidad que repercutirá en la forma de leer y concebir los fenómenos que acontecen, acarreado consecuencias prácticas y teóricas⁴. Tomar conciencia, sensibilizarse a la presencia de un mundo molecular, abre el campo a *otras* posibilidades, incluso en el ámbito de la educación. Es posible observar espacios, tiempos y otros fenómenos educativos (tales como el aprendizaje) a través de estas lentes que Deleuze nos proporciona. Una aventura molecular en un paisaje dinámico cuya topografía y naturaleza, así como la de cuerpos que lo conforman, es preciso explorar.

Con respecto a la educación, ¿qué paisajes están en juego en la formación humana? Para descubrir esto, es preciso trascender el aula o cualquier espacio-tiempo “concreto”, incluso en su dimensión “micro”; hay que virtualizarse aún más: el principal espacio-tiempo de la educación, terreno en el cual acontece todo aprendizaje es el espíritu, o lo que por el momento llamo “topografía espiritual”, esa parte de cada uno que abarca y trasciende nuestra subjetividad (estriada). Virtual, sí; pero paisaje al fin. Este será uno de los puntos centrales de mi propuesta: adoptar una mirada topográfica de nosotros mismos, leer al hombre –leernos- como un paisaje dinámico en el cual acaecen ciertos acontecimientos que van (des/re)configurando su percepción y expresión. Deleuze, al igual que autores como Friedrich Nietzsche y Erich Fromm entre otros, nos muestra cómo nuestro espíritu es susceptible de estratificación, pero también de fuga. Estos planteos resuenan con la idea deleuziana de cartografía: ¿podemos pensar el conocimiento de sí, la

dado que más adelante (en la investigación) me interesará discernir qué clase de cuerpos entran en juego en la educación, incluso cuerpos intangibles o “espirituales”.

⁴ Toda la obra de Deleuze está dedicada a derrumbar la representación dogmática de la realidad, lineal, arbórea.

conciencia y el cuidado que acarrea, la liberación que supone, como (acción/efecto de) trazar nuestra propia cartografía espiritual? Cartografía como toma de conciencia de nuestra molaridad, de las representaciones que estructuran nuestra percepción, de las autoridades que hemos interiorizado, de las “tablas de valores” que nos condicionan e inmovilizan. ¿Podrán estos ser algunos de los cuerpos –voces, discursos, pues somos una jauría- que encontramos en nuestra topografía espiritual? ¿Qué hay en ella además de los estratos? Identificar, definir estos y otros elementos, por más fugaces que sean, es una forma de escapar de la inconciencia que parece regir nuestras vidas y de la dominación que en virtud de ella es posible. Explorar y cartografiar nuestra propia topografía como posibilidad de fuga, de libertad.

Dice Proust en el primer volumen de “En busca del tiempo perdido”:

Combray, desde lejos, en diez leguas a la redonda, visto desde el tren cuando llegábamos la semana anterior a Pascua, no era más que **una iglesia que resumía la ciudad, la representaba y hablaba de ella y por ella a las lejanías**, y que ya vista de más cerca mantenía bien apretadas, al abrigo de su gran manto sombrío, en medio del campo y contra los vientos, como una pastora a sus ovejas, los lomos lanosos y grises de las casas, ceñidas acá y acullá por un lienzo de muralla que trazaba un rasgo perfectamente curvo, como en una menuda ciudad de un cuadro primitivo” (Proust, 2014: 72).

Combray, un pueblo ordenado en función de una iglesia. Páginas y páginas le dedica el autor a ésta, y no sólo a su descripción; vemos cómo todo el paisaje se va configurando a partir de ella, *cómo estructura su forma de percibir el pueblo*. Daré un paso más allá, efectuando una lectura “espiritual” de esta imagen: llama la atención que lo que predomina en el paisaje sea la iglesia. La Iglesia –como el autor exclamará en un pasaje posterior⁵- es lo que se eleva por sobre todo lo demás. No es casual que Nietzsche se haya sublevado ante ésta y la moralidad de rebaño que promueve. La Iglesia, como cualquier doctrina trascendente, es considerada por este autor como uno de los peores males acontecidos al hombre, dado que instituye una tabla de valores que coarta la vida, su libre proliferación. Por otro lado, Fromm la comprende como

⁵ Cf. Proust, 2014: 90.

una autoridad que se le impone a la conciencia, debilitándola, haciéndola servil, atentando contra su potencia productiva. Pero debatir si es casual o no que sea la Iglesia la que se alza por sobre el pueblo y que *habla por él* no es lo central. Lo significativo es lo que esta sutil imagen, presente en un libro-máquina que justamente asume como tarea explícita el derrumbar representaciones, conduce a pensar-producir: he aquí la importancia de los signos que nos ayudan a exteriorizar sentidos, algo sobre lo que volveré. Mi objetivo es simplemente ilustrar por medio de esta imagen cómo hay estratos –discursos, autoridades, e incluso creencias, etc.- que predominan en nuestra topografía espiritual. Como otros autores, Deleuze prolonga la línea seguida por Nietzsche y Fromm, aunque con sus particularidades.

El tema de la representación es elaborado por Deleuze y Félix Guattari en “Kafka. Por una literatura menor”. Es interesante observar cómo el propio Proust alude el tema explícitamente en el fragmento citado. A su vez, es interesante cómo el autor también expresa la idea que en 1972, algunos años antes de “Kafka”, Deleuze y Michel Foucault entretienen en una entrevista publicada bajo el título “Los intelectuales y el poder”: el “hablar por”⁶. Lo cierto es que el fenómeno de la representación es más común de lo que creemos, y tanto más nocivo en cuanto opera subrepticamente *en* nosotros, estratificando, fijando nuestra topografía espiritual, inmovilizándola, limitando nuestras posibilidades de pensamiento y acción.

Pero, ¿qué hay más acá (y más allá) de la representación, de las representaciones que interiorizamos? Para responder esto, es preciso conocer nuestra topografía primero. ¿Cómo proceder cuando el medio a explorar/cartografiar es nada menos que nuestra *naturaleza inorgánica*? En definitiva, la idea de topografía espiritual es una forma de concebir esta naturaleza no-física, de comprenderla para vincularnos concreta y conscientemente con ella. ¿Qué cuerpos la componen, qué movimientos y acontecimientos encontramos? ¿Cómo escaparle a esas representaciones que forman parte de nuestra topografía, o bien, qué posibilidades de fuga hay, si es que las hay? Aún más: ¿qué aportes podemos realizar en este sentido desde la

⁶ En la cita, Proust no le atribuye ningún tipo de connotación a este fenómeno, mientras que Deleuze y Foucault hacen referencia a *lo indigno de hablar por alguien* (cf. Deleuze; Foucault, 1980: 80).

educación? ¿Es posible educar de una manera no representativa? El tema no es (cómo) hacerse un cuerpo sin órganos; es, más bien, si podemos generar la conciencia para que cada alumno se conozca lo suficiente como para identificar (sus propios) estratos y crear (sus propios) medios/forma –*estilo*– para vivir en equilibrio, libre (un CsO es un acontecimiento, evanescente por naturaleza; lo que aquí planteo es una perspectiva “a largo plazo”: generación de estrategias y herramientas, “armas”, y no los acontecimientos en sí). Es un tema de conciencia y de *expresión*.

Deleuze me da algunos insumos para pensar en torno a estas interrogantes. Por un lado, su concepto de aprendizaje, íntimamente vinculado al Arte, así como los conceptos de Esencia y estilo. En “Proust y los signos”, Deleuze nos va mostrando cómo el aprendizaje es más que la interiorización de significados explícitos y convencionales (objetos de reconocimiento) o una mera asociación de ideas efectuada por una inteligencia que opera *a priori*, impulsada por una buena voluntad: es la exteriorización de un sentido singular, producido a partir de la violencia que el encuentro con un signo ocasiona. Aprender es concebir y transformar el mundo desde “adentro”, desde uno, en tanto que los signos impulsan a la/nuestra Esencia –es ella quien los envía junto con el “mensaje”–, acallada por los estratos-representaciones, a emerger.

Por otro lado, el estilo de un artista es el modo singular por medio del cual éste manifiesta su (visión del) mundo, la Esencia, esa porción de ser que lo envuelve, que lo constituye y que trasciende su subjetividad; por medio de éste, el artista logra manifestar-se, a sí mismo y también conservar algo más grande que él. El mundo está hecho de historias, de interpretaciones, y de aquí que las únicas ventanas que poseemos sean espirituales: la intersubjetividad artística. Deleuze concluye que el estilo es la Esencia, no el hombre; el estilo es la expresión actual de la Esencia, de una Esencia que es pura diferencia (virtual, *diferenciación*) y que es parte original, primordial de lo que somos. Es lo que le da a la Esencia la potencia de la repetición, de repetirse diferentemente.

Según lo elabora Deleuze, el estilo es *estilo artístico* y la existencia actual que la/nuestra Esencia obtiene es la obra de arte. Como vimos, lo propio de la obra es la intersubjetividad, el dar a conocer otros mundos posibles así como nos mueve en un sentido de (auto-) descubrimiento, nos ayuda a conocer (¿y

tomar conciencia de?) nuestra topografía⁷; es justamente por este motivo que la obra de arte es concebida como “máquina y máquina cuyo sentido (todo lo que usted quiera) depende únicamente del funcionamiento, y el funcionamiento, de las piezas separadas. La obra de arte moderna no tiene problema de sentido, sólo tiene un problema de uso” (Deleuze, 1995: 152).

Sin embargo, ¿cabe la posibilidad de otra clase de actualización de la Esencia? En otras palabras, ¿existe la posibilidad de manifestarla, expresarla de un modo no artístico? Para el artista, el estilo es también una herramienta/estrategia cartográfica: lo ayuda a indagar y conocer su paisaje espiritual y “registrar” sus cuerpos, percibir sus movimientos, sus *espacios*. Pero no todo el mundo es un artista en el sentido deleuziano. Entonces, ¿será posible la existencia de otros medios para explorarnos, para expresar nuestros hallazgos, identificar cuerpos, estratos espirituales, “designarlos”, etc., aunque compartirlos no sea el fin? Estilos cartográficos de concientización, de liberación... Conuerdo con Deleuze en que el Arte es una de las formas más poderosas para afirmar, para expresar la Vida, pero quiero pensar que no es la única, que éstas son infinitas, dinámicas, y que cada uno de nosotros necesita encontrar, descubrir, crear la suya para disfrutar de una existencia cabal⁸. El arte provee imágenes-signos que nos ayudarán a cartografiar nuestro paisaje, a definir elementos, a vincularnos con él⁹. Esa es la potencia liberadora del arte. Entonces, la pregunta que queda contemplar es, dado que no todos somos artistas, ¿cómo afirmar nuestra propia fuerza vital, nuestra potencia creadora? Más que con el arte, afirmar la vida tiene que ver con la *expresión*.

La obra “Kafka” me permitirá ahondar en esta especulación. Conectados al concepto de estilo –y, por lo tanto, al de Esencia-, están los conceptos de contenido y expresión elaborados por Deleuze y Guattari en ese libro. La relación que se establece entre estos segmentos difiere en las dimensiones mayor y menor, molar y molecular. Mientras que la primera supone un contenido pre-establecido que encuentra una *forma* de expresión que se le adecue, en la segunda dimensión se opera un movimiento distinto: la expresión

⁷ Cf. Deleuze, 1995: 150-151.

⁸ En este sentido, encuentro que la noción de *productividad humanista* que Fromm elabora en “Ética y psicoanálisis” está en consonancia este planteo.

⁹ Por ejemplo, la Iglesia de Proust es una imagen que se llenó con cierto contenido y que puede ayudar a vincularnos con nuestra propia “interioridad”.

precede al contenido, lo va montando/generando en su propio desenvolvimiento, derrumbando cualquier representación (tal es la característica de una literatura menor: comenzar enunciando). Pero más que una revolución o una sublevación, más que un movimiento destructivo como aquel que ejecuta el león en el discurso de Zarathustra “De las tres transformaciones”¹⁰, es afirmación, expresión de un contenido que es diferencia en sí y que, de cierta manera, nos constituye. En ese sentido, así como en el Arte, también en la Vida: uno debe comenzar enunciando y los contenidos-sentidos se irán generando, revelando con el movimiento afirmativo, de expresión. Lo que intento plantear es la idea, la posibilidad de otras clases de estilos que nos ayuden a conectarnos con esa porción espíritu que no es estrato. El estilo es expresión, mientras que la Esencia es el contenido. ¿Cómo descubrir esa expresión que nos alinea con lo más “liso” de nuestro ser y da plenitud?

Finalmente, me aventuraré a introducir una hipótesis filosófica, un germen de concepto, el de voz: la voz no es palabra, algo (pre)articulado como un discurso o una representación desde la cual pensamos y/o obramos; la voz es puro sonido, expresión, la “musiquilla” kafkiana, la manifestación actual de nuestro ser-Vida (¿Esencia virtual?) que se expresa diferentemente: “la misma y sin embargo otra” (Deleuze, 1995: 61). Nuestra vida, nuestra obra, nuestra producción; no más representación sino enunciación.

Por otro lado, mi interés en el (micro)paisaje aula, en tanto que espacio-tiempo educativo casi ineludible en nuestra experiencia socio-cultural y por demás necesario en el estado actual de cosas, está íntimamente vinculado a mi primera inquietud: es en el proceso de escolarización donde adquirimos/interiorizamos/generamos una gran parte de los estratos que nos conforman, que nos vinculan y que también nos limitan. Una cosa es compartir un patrimonio cultural necesario para la cohesión e integración, para ampliar nuestro mundo, etc. La estratificación espiritual es un tema aparte. Por esta razón, hallo significativo estudiar las posibilidades que se pueden generar en

¹⁰ Cf. Nietzsche, 1992: 42.

un aula vivida molecularmente, habitada nomádica, intensivamente: cómo las interacciones, los encuentros, las líneas de fuga que se monten en el cotidiano, etc. pueden propiciar una educación no representativa ni autoritaria que, sin descuidar la trasmisión cultural (¿estratos “sanos?”), apunte tanto más a la exteriorización y concientización de nuestros propios contenidos –cognitivos, éticos, afectivos, etc. Para trabajar en pos de esto, es preciso entrenar nuestra sensibilidad (como docentes y personas), despertarla a esta perspectiva, ver aquel paisaje que está más allá de los cuerpos; conocer nuestra propia topografía, comprendernos como educadores para ayudar a los otros a comprender(se). Nietzsche señala en “Schopenhauer como educador”, una de sus *Consideraciones intempestivas*: “tus verdaderos educadores te revelan cual es el auténtico sentido originario y la materia fundamental de tu ser, algo que en modo alguno puede ser educado ni formado (...); tus educadores no pueden ser otra cosa que tus liberadores” (Nietzsche, 1874: 3). El docente como promotor de la liberación de Esencias¹¹.

Por medio de su propia expresión (estilo docente, enunciación en educación), habitando el espacio-tiempo educativo, el docente generará otros espacios-tiempos que promoverán la exploración de la topografía de sus alumnos así como la creación de herramientas y estrategias singulares para hacerlo, estilo-aprendizaje que lo acompañará toda la vida. El docente será aquel que nos asista en el proceso de toma de conciencia y construcción de nuestro ser, proceso que no concluye en tanto que devenir. Cómo se conjugan ambos paisajes –la topografía espiritual y el micropaisaje educativo- es necesariamente otro de los puntos a indagar.

No obstante, una importante observación, para promover una lectura fiel a la perspectiva deleuziana: si bien la “fórmula” proustiana de «coacción y azar» tuvo fuerte influencia en el concepto de aprendizaje creado por Deleuze, la no existencia de un método (prescriptivo) que garantice resultados-aprendizajes homogéneos y definibles de antemano no implica la ausencia de una necesaria y cuidadosa preparación por parte del docente que, por varios y variados medios, buscará –deseará- estos acontecimientos. El docente “liberador de Esencias” es aquel cuyo afán y actitud es la provocación pedagógica,

¹¹ La palabra *guía* no es precisa, dado que el guía conoce el camino a recorrer. En este contexto, el trayecto (educativo, vital) es singular y la cartografía jugará un rol preponderante.

propiciadora de “encuentros” con signos de naturaleza diversa. Más allá de su intención y labor, no hay nada garantizado. A esta altura, estos planteos pueden sonar idealistas, pues es cierto que en el ámbito de la educación institucionalizada otros factores (estrías) entran en juego. Pero sabemos existe *una* salida “práctica”, concreta -el concepto de estilo promueve acciones concretas y no prescriptivas- que requiere de conciencia, dedicación y amor por la labor docente.

Explorar cómo, concretamente, podemos potenciar a los estudiantes, apoyarlos en el camino que los llevará a descubrir su propia voz, su expresión, su modo singular de afirmar la vida, enunciación que debele contenidos genuinos, primordiales. Muchas veces sólo percibimos/escuchamos a la Iglesia, esa representación que predomina en el paisaje, sin distinguirla ni saber cómo opera. Como una imagen nietzscheana, nos aplasta, nos despoja de nuestra voluntad de poder, de vivir, disminuye nuestra potencia. Así, la paradoja de Fromm: “Cuánto menos productivamente se vive tanto más se debilita la propia conciencia. La situación paradójica –y trágica- del hombre es que su conciencia es tanto más débil cuanto más la necesita” (Fromm, 1991: 175). Tomar conciencia de los estratos, de nuestra molaridad, explorar/experimentar¹² en esa topografía espiritual, transformarnos no sólo con prudencia sino con conciencia de ello; reconocer que somos mucho más que estratos; hacer micropolítica espiritual, emitir sonidos que no sean mero eco. ¿Qué hay “más acá” de la representación? El niño, potencia pura. ¿Más allá? El niño nietzscheano, el niño-potencia, el hombre consciente de sí que crea, que enuncia. No es un ideal a alcanzar; es, y es tarea de la educación potenciarlo, tarea que aún no asume cabalmente. ¿Podrá la educación liberar la voz de cada niño, de cada estudiante, ayudarlo a encontrar su propia expresión y contenido? Ahí es donde radica la diferencia, la Diferencia: productividad más allá de cualquier sistema, expresión más allá de cualquier contenido pre-existente. La verdadera libertad no está afuera, está en la conciencia; es decidir (crear) y no reproducir, es actuar y no reaccionar.

¹² Prefiero el término *experimentar*, traducción y conjugación del verbo “*to experience*” en inglés; en nuestro idioma no existe tal palabra, lo que nos limita en varios aspectos, especialmente para pensar los fenómenos educativos en el sentido que busco elaborar.

Un formato escolar, una política educativa, un proyecto (cualquier modelo mayor, valga la redundancia) no es garantía de que se actualicen sus posibilidades. Sin embargo, estos pueden proveer estratos novedosos a partir de los cuales lanzarse a la experimentación. Hoy, la respuesta está en los micro-sucesos, en los micropaisajes, en el devenir-vapor de las aulas, de la educación¹³. La potencialidad está en el educador. Si cada uno asume esta tarea, esta misión libertaria de liberación, quizá podamos poco a poco superar la miseria espiritual que prepondera.

Trabajar con el concepto de estilo le da una bajada a tierra a lo que se puede llegar a percibir como palabrería filosófica, pura idea abstracta sin una clara salida concreta (justamente uno de los frutos-aprendizajes más valiosos de mi experiencia como docente es que encarando el trabajo cotidiano con conciencia cada uno es capaz de desarrollar su propio *estilo docente*). Por otro lado, hay conceptos que sólo entenderemos cabalmente actualizándolos; tal es el caso de expresión, de la productividad y su concomitancia con la felicidad¹⁴ - ¿el goce que la Esencia produce?-, el papel que el deseo desempeña en este devenir que es construcción de mundo, nuestra propia construcción. ¿Cómo explorar la topografía espiritual? ¿Cómo promover esta empresa desde la educación? ¿Cómo fomentar el desarrollo de estilos de exploración, de cartografía, de enunciación, que nos conecten con lo que es en nosotros, afirmando la vida más allá de cualquier representación o “deber ser” instituido? No hay fórmulas ni métodos, es una cuestión de estilo; pero sí, diría Nietzsche, es posible ayudar en el camino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Deleuze, G. **Proust y los signos**. Barcelona. Anagrama. 1995.

Deleuze, G.; Foucault, M. “Los intelectuales y el poder”. En: Foucault, M. **Microfísica del poder**. Madrid. Las Ediciones de La Piqueta. 1980.

¹³ Lo interesante es que, como Deleuze y Guattari demuestran incesantemente en “Mil mesetas”, las distintas dimensiones/paisajes están “enmarañadas”, surgen una de la otra.

¹⁴ Cf. Fromm, 1991: 175.

Deleuze, G.; Parnet, C. (1988). **El Abecedario de Deleuze**. Recuperado de:
<http://www.solidfiles.com/d/f7ddd98ae7/57510.zip>.

Fromm, E. **Ética y psicoanálisis**. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 1991.

Nietzsche, F. (1874). **Schopenhauer como educador**. Recuperado de
<http://www.box.com/public/p3hk9kq5og>.

Nietzsche, F. **Así habló Zaratustra**. Barcelona. Editorial Planeta–De Agostini. 1992.

Proust, M. **En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann**. Madrid. Alianza Editorial. 2004.